

Sin alaridos huecos, ni gesticulaciones dramáticas, con un espontáneo ritmo de "buen corazón" —como reza el qdagio popular— y con una tenue sonrisa de inconformidad, deja que sus versos fluyan fácilmente. Melancólicamente, algunas veces. Como notas que se elevan, en espirales de arcoiris, a prenderse definitivamente en el eterno amanecer de la esperanza . . . .

Y ponemos aquí puntos suspensivos a esta nota liminar. No nos sentimos dueños de la oportunidad, del espacio ni del tiempo requeridos para emprender en una más dilatada mensura de la vigorosa personalidad lírica de CarrIÓN, a través del hermoso y sugerente libro que ofrecemos.

Dejamos, más bien, expedito el trayecto del lector por los caminos amables de la Soledad y el Deseo . . . .

H. A.



## POESIA DE LA SOLEDAD Y EL DESEO

### ALEJANDRO CARRION O EL DESTINO DE SU INTIMA LUZ

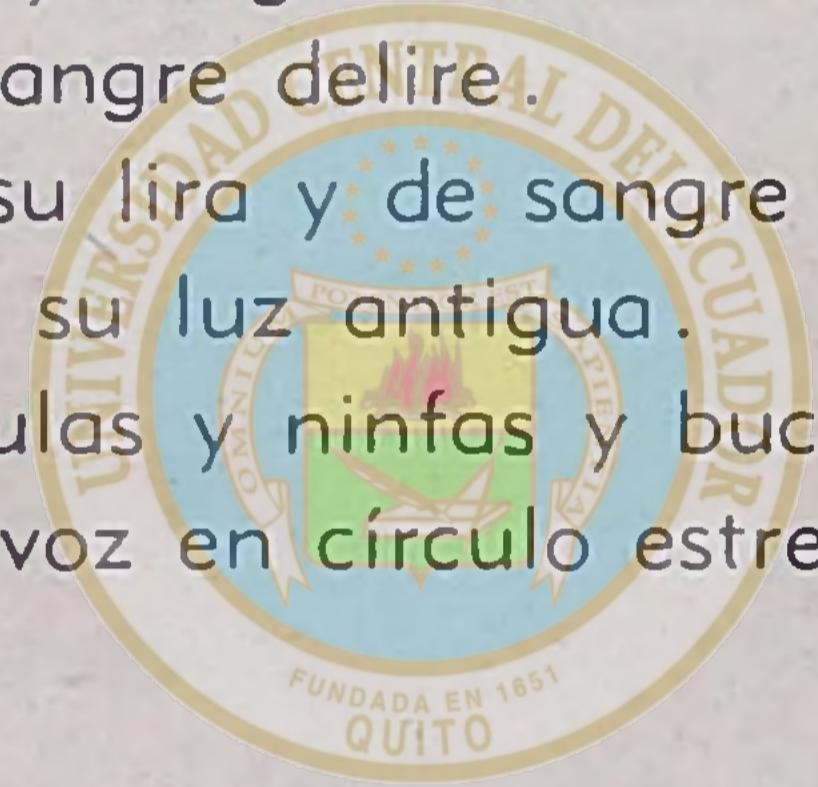
Sueñe quien quiera soñar.

Goethe, FAUSTO.

ESTIRPE O LA  
ANTIGUA LUZ

Anchuras las venas para el ancho  
Canto de gallo de naciente sangre.  
Y la semilla castellana canto  
De su sangre y la copa de olivo de su sangre.  
Porque su pulso, porque su pupila  
De una dalia de paz,  
De la pulida  
Dorada piedra de una lira vienen.  
Antigua lira donde un agua tierna,  
Nocturna, clamorosa,  
Cabellos reflejaba y clavellinas.

Cuando las rejas, cuando las espadas  
 Como templados pétalos  
 De una ancha flor de acero.  
 Cristiana lira, Sol de Harina,  
 Alba y poniente en la lengua  
 De los infantes en la Fe nacidos.  
 Cristiana lira antigua.  
 Ya como pan azul de rama en rama venido,  
 Ya como verde vino inagotable,  
 Ya como guirnalda de labios y alondras  
 La castellana lira  
 En la su mano donde noble sangre  
 Sus recientes nudos labra, sus melodiosas amarillas.  
 Que lira y sangre suenen.  
 Que la sangre delire.  
 Que de su lira y de sangre nos dé la clara  
 clave de su luz antigua.  
 Oh libélulas y ninfas y bucles y flores altas:  
 Para su voz en círculo estrechémonos.



### NUEVO CANTO O LA LUZ VITAL

**ÁREA HISTÓRICA**  
 A plena luz está golpeando :  
 De la nieve el dorado muslo.  
 Y en evidente florecer de agujas  
 De la nieve la tersa rótula.  
 Y solloza.  
 Y sollozan con él extrañas niñas  
 De extrañas rosas y hacia extrañas aguas.  
 Y el mar es párpado y es pupila y lágrima.  
 Dejad, dejad que solitario  
 En banco de diamante se hunda y sueñe.  
 Oiremos su sueño, su latido  
 En que el pie late melodioso herido  
 Del Dios enjuto de la Soledad.  
 De la Nieve el dorado muslo  
 En manantiales se deslabra.  
 Y de la Soledad el Dios enjuto  
 Sus anchas venas  
 Rumorosas  
 Se abre.

Canto del Hombre, voz del Hombre  
 Sin esa carne sustancial de brisa  
 Que la Tierna ternura es  
 Para el delgado, para el consumido  
 Corazón en Amor adelgazado.  
 Humana voz, humano canto  
 Con ahogamiento azul de estrella  
 De la noche en un cuenco de agua.  
 Que no hay cabello cuyos dulces ríos  
 Cantando desemboquen en la boca de su alma.  
 Que no hay pulsera. No. Ni la sortija  
 Que le flagela como latiguillo  
 Trenzado con las luces del más limpio deseo.  
 La espalda brilla de la niña  
 De la Nieve la fina niña  
 Sentada al borde del barranco  
 De las violetas amarillas.  
 Vuelve tu rostro triangular dormido  
 Niña de Nieve, vuélvele.  
 Que tus aristas, que tu fino frío  
 En la su larga mano devendrán Poesía.  
 Llega de pronto la evidente niña,  
 Presentidora, tierna,  
 Oscura flor en la gudeja oscura,  
 Y con pródigo brazo en laurel fraternal envuél-  
 (vele.  
 Y él la contesta, mientras el camino  
 De ancha lágrima oculta se prolonga:  
 —¡Adriana mía!  
 Haced silencio, amigo mío,  
 Le grito desde un mirto de mi mediodía:  
 Lejos la nieve, la ola oscura, el áspid;  
 El planeta comienza en nuestro ceño.

MUERTE O LA  
LUZ EN REPOSO

¿Por qué en la tu clara palabra  
 Obstinada la yerta yedra?  
 No convoquéis de la Muerte al reino  
 De Negras Brisas, oh tranquilo. No.  
 Que de improviso, de la Tierra  
 La removida fresca llave

Pupila y lengua ha de cerrarnos.  
 Aventarán su espejo nuestras cales caídas.  
 Y qué lejano, qué lejano el diente  
 De rocío del dormido niño  
 A nivel de luto en su cedro.  
 Y los metales del hermoso Día  
 En nuestro ceño lívido apagados.  
 Ni tú ni yo, amigo mío, ni tú ni yo  
 Del corcel de la Muerte oiremos  
 Su ardiente casco de cera temblando  
 Del vino nuestro en el umbral sin límite.  
 Que sin haberlo oído, sin haberlo oído,  
 A la luz de llorosa estrella,  
 Caída sangre,  
 Empujando desde lo hondo la fresca dalia.  
 Ni tú ni yo, amigo mío, temblorosos.  
 Luego en el alba la fina, la herida.  
 Golpeando, golpeando con su leve  
 Nupcial anillo desolado  
 La cifra del cifrado mármol.  
 Sin Norte caminando nuestra luz arde y sangra.  
 Su racimo de abrújulas se lo devora el Mar.  
 Bajo la blanca piedra silenciosa,  
 Sí reposada.

## APOTEOSIS

Ya de mi sangre el dulce fallo escuchas  
 Sobre la tuya en soledad y yedra,  
 En yedra y soledad amanecida.  
 Ahora, amigo mío, ahora:  
 Por tus construcciones de Alegría firmes,  
 Por tus torrecillas de alondras volando,  
 Por tus baúles con jazmín y sangre,  
 Ulyses, Diana, Garcilaso y Lope,  
 Por la verde mañana verde  
 De la pupila que en tu sueño fija.  
 Y el toro de zafir que hay en el alto  
 Flanco de estrofa antigua  
 Con que llegas,  
 Y ese tu ritmo en aire niño

Para el recién venido niño:  
 Yo he citado al Laurel, padre de Bosque y Tiem-  
 (po.  
 Ya su verde pulgar en tu ancha frente.

Augusto SACOTTO ARIAS.

Quito, en 1938.



Ni para qué buscar, canción, tu vieja ruta en esta luz crecida.  
 Pequeña enredadera, no hallarías apoyo. No habrían pilares  
 Donde enrollar tu cuerpo ni prender tus anillos.  
 Ni qué buscar tu vida, canción, pequeña planta:  
 Se secarían tus hojas, se borrarían tus huellas.

Sol. Solamente sol. Sólo sol. Todo sol. Soledad del sol.  
 La soledad es grande, mientras el sol nos arde,  
 Fuera y dentro, ojos enceguecidos y la sangre encendida.  
 Sol. La soledad del sol, ardiéndonos, como una llaga.  
 Una llaga de luz. La luz, llena de llagas, sólo tus llagas, luz.

En todos los caminos pude poner mi planta.  
 Aunque no estés presente, luz ciega, luz llagada.  
 Antes de tu llegada, llagada luz. Antes de que la soledad estrangulara  
 Tu único sol. Antes. Pude poner mis plantas en un camino claro.

Pude enrumbar mi marcha. Pude llegar al mar: el sol ya no está solo.  
 Solas con él las olas. La soledad del sol a solas con las olas.  
 Soledad sonora, llena de gritos, crecida, movida, hinchándose en el  
 (viento.

¡Oh! ¡Cómo crecen tus llagas, luz, con las aguas marinas!  
 La pequeña gaviota enceguecida se ha destrozado un ala.  
 Sobre tus llagas, luz, se ha destrozado un ala.

Pude buscar la grata soledad de la tierra, lejana, donde la nieve vive.  
 Luz. Soledad de la luz, blanca, sobre la nieve, viva.  
 Nevado. Soledad del sol, brillante, sobre la nieve, antigua.  
 Nieve: nunca mis ojos miraron tus relámpagos.  
 Nunca. Nieve, nevada viva. Nieva. Nieva el sol. Sobre el sol.  
 Cae. Callada y fría, la nieve. Sobre tí, sol. Sobre tu soledad.

Pude ir hacia la soledad mía, mi misma soledad, llagada  
 Como la tuya, luz. Pude buscar mi luz antes de tu llegada,  
 Luz nevada, nevada luz, luz de la ola callada y la ola sonora,  
 Luz del grito y la nieve, luz buscada y no hallada, llagada y llagadora.  
 Recuerdo la pequeña gaviota enceguecida. He perdido mi ruta  
 Por estar caminando sobre esta luz, llagada, en plena soledad.  
 Hundido en soledad hasta el borde del ojo. En soledad ajena.

Soledad de la luz. Del sol y de la ola. De la gaviota herida.  
 De la nieve brillante. De la lluvia de siglos. De la luz llagadora.  
 Soledad eterna de la eterna materia, de la tierra callada.  
 Mas no mi soledad. Mi soledad buscada, perdida y nunca hallada.

—Quito, 1935.

### CANCION DEL TRANQUILO MORIR

Que consiento en mi morir.....

Jorge MANRIQUE.

Mansas sombras dormidas sobre mi corazón anochecido.  
 Vas llegando, mi paz.  
 Vas llegando a mi cuerpo, ya extenuado.  
 Vas muriendo, mi decaída, mi tenue luz nublada.  
 Vas muriendo, mi luz.  
 El corazón, tranquilo, va aquietando  
 Su alocado latir. Soledad, revuelta soledad,  
 A tu campo turbado va llegando mi paz.  
 Tus manos. Tus labios. Tu dulce cuerpo mío.

Toda tu vida tuya, tan mía, ya perdida,  
En mi tranquila sombra, ya inundada de paz.  
Larga mirada. Larga. Hoy que mi corazón  
Va aquietando su paso. Hoy, ya nublada mi luz.  
Tus labios, en mi vida, dándome el agua clara  
De tu último dolor.

Tu mirada, en mis ojos, recogiendo  
Mi última luz.

Mi luz, ya amortecida, y la luz tuya, confundidas,  
Aquí, en medio de mi sombra.

"Que te sea la tierra liviana", quieren tus labios dulces.

Mi cuerpo, ya extenuado,  
Va encontrando, por fin, su tranquilo morir.

Tu guerra, tu batalla, vencida ya por esta  
Mi eterna, mi tranquila, mi única paz.

Apagada mi voz, voy cerrando mi pecho  
Donde tú, la que vive, la eterna, la viviente,  
Dulce, clara, tranquila, has llenado mi vida.

Vuelvo hacia tí, mi tierra.

Vuelvo, a fundir mi cuerpo con tu cuerpo,  
A fundir mis pupilas con las claras corrientes de tus aguas.

Vuelvo hacia tí en comunión perfecta.

Fuera, fuera de tí, nunca he vivido,  
Pero hoy a unirme vuelvo, a reclinar mi frente  
En tus brazos oscuros, en comunión perfecta.

Vuelvo hacia tí, mi tierra.

A renacer en tí, eternamente. A renacer en tí,  
En mi eterno morir.

Hay una cruz callada frente a mis ojos fríos.

Llega, llega mi paz. "Que te sea la tierra liviana",  
Dicen tus labios míos. Vuelvo hacia tí, mi tierra.

Pesa sobre mis ojos

Tu viejo polvo oscuro, madurado en los siglos.

Aquí, aquí está mi garganta

Presta a volverse polvo. Presta a volverse polvo mi palabra.

Vuelvo, extenuado, a tí, tierra, mi tierra,

Lleno de voluntad hacia tu polvo.

Clara y pura, tu luz  
Llenando está mi última mirada.

—Quito, 1935.

## ESTE MAR DE MI SANGRE . . .

Rare nautes in ingurgite vasto  
VIRGILIO, Eneida, I, 118.

Y estás aquí, mi sangre, mi voz exasperada,  
Corriendo, enardecida, por los ocultos cauces de mi carne;  
Eferveciendo en luz, en oculto latido, en sol airado;  
Remansándose, nítida, en mis amaneceres, elástica,  
Frágil, desconocida. En fortaleza de ola  
Que se crece al asalto y se quiebra al suspiro.  
Yo te siento en mí mismo, sorda en carrera y ansia,  
Madurada en la muerte, antigua, oscurecida;  
Pesando con tus muertos sobre mi frente joven  
Desde un arcaico tiempo en la memoria hundido.  
¿Qué perversa marea me traes, fluido eterno,  
A torturarme en gritos de fiebre incontrolable?  
¿En qué remota angustia maduraron tus glóbulos,  
Lastimaron tus saltos, que hoy me hiendes y rasgas?  
No sé. Más yo los siento, aquí, dentro del pecho,  
Correr, antigua savia en nuevo tronco frágil.  
Vieja sangre andadora, incansable y herida.  
Yo te sé triunfadora, tibio vino en el labio  
Y te sé derrotada, lluvia fina en mi frío.  
Yo te he visto saltar, encabritada y ávida,  
Rojo corcel indómito, por sobre toda valla.  
Géyser estremecido, rompiendo en rubí ardiente,  
Incontenible lava y ansiosa llamarada.  
Yo te sé en la ternura, suave corriente trémula  
Muy cercana del alma en caricia y en lágrima.  
Ni en el sueño profundo, cuando tú me abandonas,  
Memoria, permanente custodio de mis actos,  
Ni cuando se remueve el viejo poso turbio  
Del alma estremecida. Ni entonces, ni en el amplio  
Atardecer de mi ansia. Puntual siempre en el júbilo  
Y en la tibia amargura. Fiel y antigua  
Trayéndome un oculto conocimiento ciego  
Lejano de mi alma y arraigado a mi instinto.  
Presente cuando tiembla mi tormenta en asalto.  
Presente cuando mustia mi piel su desencanto.

Arisca cuando prende alfileres la muerte  
 En mi fiebre de gozo, de canto y de palabra.  
 Amiga y enemiga entrañable y extraña,  
 Tan mía y tan ajena, tan generosa y ávida,  
 Tan dadora y esquiva, tan fiel y engañadora.  
 Sostén de mi palabra y esencia de mi canto,  
 Torrente de mi estirpe y calor de mi carne,  
 Inmortal, a pesar de la muerte y la calma,  
 Tú tornarás eterna mi sed sobre la carne  
 Fina recorredora de caminos cerrados;  
 Tú llevarás la turbia resaca de mi alma  
 A nuevas almas finas en mi carne labradas.  
 Sé que algún día irás remansando tus pasos  
 Cuando se torne leña tu suave cauce elástico.  
 Y hasta entonces, me nutres, mi mar de fuego y lágrima,  
 Torturante y atónito, sin alabastro fino;  
 Perfecta tierra mía en fluido versátil,  
 Esencia de mi hombría, mi ceniza clamante.  
 Sangre mía, sangre mía, aprisionada y cálida,  
 Como naufrago atónito desciendo a tu hondo lecho,  
 Desaparezco, tierno, en coágulos morados  
 Y me alzo, renacido, sobre tus olas, límpido  
 De mí mismo, lleno de mi hondo barro.  
 Yo estoy en tu naufragio, amargo navegante  
 En incansable y único, tenaz y ensombrecido sobresalto.  
 Ni Ulises ni cadmitas de velas enlutadas  
 Cruzaron mar ardiente, velo rojo en el alma,  
 Como yo, nauta agónico, sin velas ni remeros,  
 Sin vellucinos de oro que buscar, deslumbrado,  
 En este mar hirviente, inmortal, sollozante  
 De eternidad fluida: este mar de mi sangre.

—Loja, 1937.

### CANTO A MI PALABRA

No omnia moriar; multaque pars mei  
 Vitabit Libitina. . . . .

HORACIO

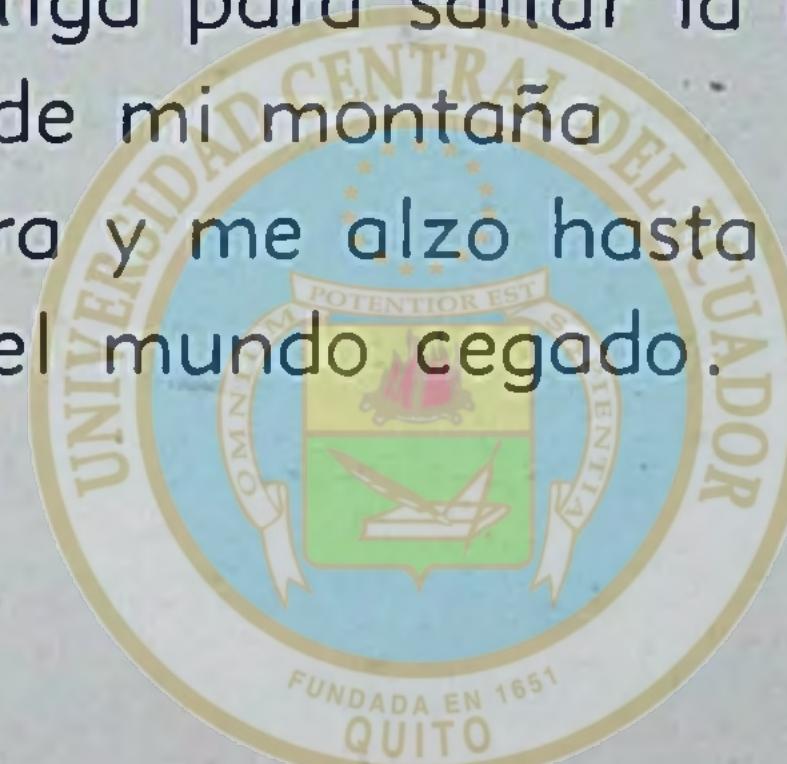
Oda XXX ad Melpomenen, 6, 7

En morada mañana, en girasoles hoscos,  
 En volar de campanas, en golondrinas tímidas,

En cardos, en luceros, en sueños desvelados,  
En angustia reciente, cansada y volvedora.  
En la sangre que salta precipicios y ciénagas,  
Más adentro quizá, más allá de las venas,  
Cercana al esqueleto que blanquea profundo,  
Allá donde deseamos vivir sobre los siglos,  
Prolongarnos, serenos, ríos anchos y tercos  
Sobre oscura y eterna, tenaz llanura humana,  
Memoria adentro el ojo secular de la sangre,  
Salomé sin Bautista, Circe sin navegantes,  
Engañadora hábil, astuto guía sapiente,  
Palabra, mi palabra, la mía, vencedora,  
Moviendo estás mi mano tenebrosa y esquiva,  
Acercándola, audaz, al más viejo misterio,  
Diciéndole, verídica, que franqueará el abismo,  
Que saltará en la muerte el negro río postrero.  
Caronte: aquí se queda tu vieja barca insomne.  
En tu casa, Plutón, no harán noche mis pasos.  
Se pudrirá este cuerpo cuyos músculos jóvenes  
Hoy vencen la tristeza con ademán seguro;  
Se llenará en el limo mi pupila de sombra;  
Pero tú, mano mía que trazaste estas líneas  
Y tú, garganta mía, que cantaste este canto,  
Serena, eterna, elástica, única, verdadera,  
Inmortal, permanente, ganadora perenne,  
Girasol erizado, cardo en campana cálida,  
Y mañana y lucero y sueños y algarada,  
Palabra, mi palabra, la mía vencedora,  
Durarás lo que duren los días en la tierra.,  
Lo que dure la luz, lo que dure la lágrima,  
Lo que dure el deseo de durar de los hombres.  
Yo lo sé y me ufano de pasar por la muerte  
Sin sentirme agotado, ni vencido, ni triste,  
De poder entregarme a Ella en alegría,  
De poder darle cuerpo y pupila y mirada  
Y amanecer y sueño y manzana y anhelo,  
Por lo que en Ella puso de su entraña mi entraña  
Y por el grito ronco de mi marea que salta,  
Palabra, mi palabra, la mía vencedora,  
Escederá tu imperio su negrura callada  
E irá en luz perfecta a través de los años.

Mi sangre irá también, pero ciega, vendada,  
 Turbia presentidora, corriente loca y agria,  
 Falaz, sorda y ardiente, airada inundadora.  
 Esta mi poesía, que se alza desde el limo  
 Más sagrado y profundo de mi alma sufridora  
 —Soledad y deseo, angustia y tibia calma—  
 Tiene, seguro y claro, el porvenir y el ansia:  
 En el hombre, al que me uno en unánime grito  
 Y en la tierra, a la que hurto tan sólo mi palabra.  
 Sí poeta: en el claro contorno de este aire, mi reino  
 Y en el hervir heroico de la sangre, mi mundo  
 Y en el triunfo perfecto de mi palabra clara  
 Del dolor el desquite y del ansia la palma.  
 ¡Oh palabra, girasol y lucero, sangre y alumbramiento,  
 Mi bastón, mi alta pértiga para saltar la muerte!  
 En este amanecer frío de mi montaña  
 Me elevo hasta tu altura y me alzo hasta tocarte,  
 Unica elevación sobre el mundo cegado.

—Loja, 1937.



**ÁREA HISTÓRICA  
LA SIRENA Y ULISES**

**—derrota en dos jornadas—**

**PRIMERA**

En esta noche Ulises irá tarde a su casa.  
 Es una vieja ruta de algas encanecidas  
 Y de líquenes tiernos la canción del estío.  
 (En el estío cantan mejor los marineros,  
 Hay muchos peces jóvenes y tiernas olas límpidas.)  
 En las manos morenas crecidas junto al viento,  
 Una red intrincada de venas y de sueños.  
 En esa red hay siempre un lugar para el canto,  
 Un temblor de alegría y un asomo de llanto.  
 Saltan los gritos ágiles, nuevos como cuchillos.  
 Un rumor de olas tibio, submarino y rendido  
 Desde los pechos sube a las gargantas finas.  
 Sopla un viento muy viejo, un viento de montaña.

Hay vidrio en el aliento. Hay aliento en el vidrio.  
 Un paso vivo y rápido, de ciervo perseguido,  
 Cruzando una llanura de hielo encanecido.  
 Ni viento ni montaña: una ola crecida  
 Sin nube y sin sollozo, sin grito y sin herida.  
 No equivoquéis el hielo con el vidrio o el grito.  
 Un cuchillo, unas manos, una lágrima antigua,  
 Brillan estremecidos en la proa. Ni el vino  
 Ni la risa ni el cántico serán hoy bienvenidos..  
 Lejos —es pequeño el oleaje y es muy suave el murmullo—  
 Una remera sufre. Junto a ella, en las olas  
 —Si queréis, en las lágrimas, en los sueños recónditos—  
 Recién nacidas perlas danzan estremecidas.  
 En una isla joven una sirena entreabre el caudal de su canto.  
 Casi, casi, la mirada no mira ni el oído la alcanza.  
 Mas la historia nos dice que es muy grande el peligro.  
 ¡Marineros, atadme! Con cera he taponado vuestros oídos finos.  
 Atad este mi cuerpo, sus nervios encendidos,  
 Su canción, su palabra, su aliento renacido,  
 Al mástil impasible. Que no llegue hasta mi alma  
 El caudal de su encanto.... Marineros, ¡es tarde!  
 Os habéis olvidado de sujetar el alma.  
 Se ha inundado de ensueños la ruta de mi paso.  
 Boga, boga el trirreme. Oh, remeros antiguos,  
 Sordos y enamorados, conducid mi trirreme  
 Y decid a Penélope que iré tarde a su casa.

## SEGUNDA

Agua y música nuevas, aún no bautizadas.  
 Sobre olas encendidas boga mi barca rápida.  
 La luna ha naufragado. Ha nacido una garza  
 Con las ligeras alas, de estrellas inundadas.  
 Blancas y eternas alas, suaves y estremecidas,  
 Un oleaje de estrellas, para el viento formadas  
 Y por él encendidas. Una garza en las olas.  
 Lleno, lleno de alas y de olas este mar.  
 Un oleaje de alas y un alaje de olas.  
 La sangre pulsa rápida y el paso pasa raudo.

Raudo el saltar de tu ola, mar de estrellas moradas.  
Morada de mi ensueño, morado mar, morado por el ensueño mío.  
Taponado el oído y encantado, oye Ulises  
Nacer de la garganta clara de una sirena  
Una cadena tibia. Taponado el oído, atado el cuerpo joven.  
Los peces brillan, brillan las olas danzarinas.  
En la flecha de tu arco, mi Diana cazadora,  
Hay un nuevo reflejo. ¿Qué haréis con vuestra flecha,  
En este mar callado, moradora implacable de la suave llanura?  
Crece mi juventud a tu lado, sirena. No hay nieve,  
No hay hielo ni hay abismo. Mis sienes no anochecen.  
Viajero impenitente, medidor de los mares,  
Encantador de islas, ya no hay nieve en tus sienes.  
Que la hilandera espere junto a los pretendientes.  
Aquí hemos escuchado vivir, nueva, la vida.  
Ninguna prisa tengo, recordada hilandera,  
Astuta tejedora de noches angustiadas,  
Viviente siempre al borde del olvido sereno.  
Ninguna prisa tengo de desatar mi cuerpo  
Del mástil de tu canto, sirena animadora  
Del mar todo encendido donde boga mi barca.  
Pescador, tú no puedes sonreír en la playa.  
Mis venas no son redes que tú manejarías.  
Solamente mi voz brillará como espejo  
Capaz de capturar una alondra y un canto.  
Solamente mi voz, que cultiva los ecos  
Desconocidos, suaves, estremecidos y únicos.

Amarrado su cuerpo contra un mástil gigante,  
En la dulce jornada de su eterna derrota,  
Duerme Ulises el sueño más dulce de sus viajes.

—Quito, 1936.

### BALADA

—Arde fiebre lejana en tus ojos, caballero  
De lejanos países llegado. Arde una fiebre extraña.  
Puede crecer la duda sobre tus manos pálidas.

Puede buscar la luna, a través de tus ojos, una ruta de fuga.  
 Caballero venido de un país tan lejano, cantan tus ojos duros.  
 Acaso de tus manos brotó, como una corriente de agua,  
 Fría, acerada en hielo, la muerte silenciosa.  
 Esa muerte sin sangre, sin mirada, sin grito.  
 Caballero, hace frío. Es el hierro que brilla en tus ojos..  
 Caballero, has venido de una tierra lejana.  
 Ni el pasar de los días, ni el correr de los años,  
 Ni el arder de la sangre, han templado tus manos,  
 Ni han logrado el calor para tus ojos duros,  
 Ni han hallado un temblor para tu voz velada.

—He venido, es verdad, de una tierra lejana. He cruzado senderos  
 Donde crecía la muerte en el aire y anidaba en mis manos.  
 Y he soñado encontrarte. Está dura mi boca  
 Y están fríos mis ojos. Necesito acercarme, tembloroso, a tu fuego,  
 Derretir este hielo, olvidar el acero,  
 Recordar las más dulces palabras junto al calor que vive.  
 Cantan mis ojos duros. Es verdad. Eres joven,  
 Junto a tus brazos cálidos, junto a tu pecho tibio  
 Quiero acordar mi alma con las mejores nubes, con los más bellos  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL  
 (saltos.)

Quiero encontrar la vía del calor. Quiero encontrar la vida.  
 Eres joven. En este país frío tan sólo tú conoces  
 El camino seguro hacia el calor que vive.

—Pero hay fiebre en tus ojos, caballero. Refúgiate en tu fiebre.  
 Arde en mis brazos dulces tibio calor ligero. Sube desde la vida  
 A mis brazos tranquilos este calor ligero. Pero hay fiebre en tus ojos.  
 Y todo está dormido. Acero, dulce acero, brillando en tus pupilas.

—Está bien. En tus brazos, a derretir mi hielo.  
 A olvidar que la muerte saltaba de la tierra a anidar en mis manos.  
 Eres joven. Si hay fiebre en mis ojos, que crezca junto a tí,  
 Junto a tus brazos cálidos, junto a tu pecho tibio.  
 Derritamos mi hielo. Caminante cansado, aquí, junto a la vida,  
 Quiero hallar mi reposo. ¡Tan lejos de la muerte! .

—Caballero, has venido de una tierra lejana.  
Tienes fiebre en los ojos. Ya no hay hielo en tu voz  
Y no crece la muerte en tus manos de acero.

Junto al dulce mirar, crece una llama rubia.

—Quito, 1935.

### INSOMNIO DE LA BARCA PERDIDA

En esta noche grande, solas las manos mías.  
Fríos están mis ojos, hundidas mis mejillas  
Y hay un mar de ternuras, claro e inexplorado,  
Dentro del pecho mío. Ha nacido el suspiro.  
Ha crecido la lágrima. Se ha estremecido el pecho.  
La mano se ha elevado hasta los ojos tristes  
Y ha cazado una lágrima. La risa no ha venido.

Mas ya saldrá una luna de estaño sobre el mundo.  
Habrá azogue en las voces. Las flores serán verdes  
Y las hojas moradas. En las aguas tranquilas  
Una capa de aceite ahogará la imagen de los árboles.  
En un lejano río una barca pequeña  
Bajará hasta el lecho más profundo y recóndito.  
Un grito irá también, después vendrá una lágrima  
Y, antes de la llegada de la luz, el naufragio  
Habrá ya descendido hasta mi pecho atónito.

Y ni el sol, ni la voz, ni la llamada.  
Ni un lejano ladrido, ni una luna de estaño,  
Ni siquiera una vieja estrella abandonada. Ni palabra  
Ni luz. Solamente un oscuro murmullo,  
Una sombra voluble y un ambiguo reflejo.  
Honda y sorda corriente subterránea.  
Sollozo, sí, sollozo. Tan sólo este sollozo.  
(La mano estremecida busca una nueva lágrima.)

Todo aquí está en silencio. Todo es sólo silencio.  
Voz eterna, encendida, transformada en silencio.  
Una luna de estaño destroza nubes grises.  
La sangre está lejana. La voz está olvidada.

No hay ninguna noticia de la barca perdida,  
 Cazadora y remera, huída de mi pecho y naufragada en mi alma.  
 Hay un frío puñal entre unas manos duras.  
 En el más hondo lecho de un estuario de ensueño,  
 Sobre piedras filudas y algas envenenadas,  
 Un pequeño cadáver sueña aún con la vida.

(Una luna de estao hiela en el pecho mío.)

—Quito, 1935.

### LA ESPERA JUBILOSA

Ahora sí, luz nueva, llegada ya. Nacida  
 Sobre un campo dormido. Nacida en alegría.  
 Agua, dulce agua tranquila....  
 Corriendo hasta mis manos, de tus claras pupilas.

Venida de un lejano dolor, ya olvidado,  
 Canta tu voz liviana. Tiemblan tus manos finas.  
 Una espiga de trigo madurará en un campo,  
 Sin que la vean tus ojos. Tus ojos de madrina.

Una espiga de trigo. Rubio sol,  
 Tus dulces rayos jóvenes sobre el campo dormido.  
 Claras corrientes de agua. Una montaña antigua  
 Azul en las pupilas. Rosas recién nacidas.

Joven voz, ya llegada, toda ella amanecida.  
 Un tranquilo suspiro para olvidar la noche.  
 Esta eterna mañana transitoria. Este sol  
 Crecido en el recuerdo, sin nubes ni crepúsculos.

Aquí, para esperarte. Para que tú me llegues  
 Con esa voz antigua, madurada y ardida.  
 Como la nueva espiga bajo el sol de mi campo.  
 Como la nueva tierra estremecida.

—Quito, 1936.

## DULCE NIÑERA RUBIA DE LOS SUEÑOS

En tí. Recién nacida, la ternura.  
La frescura del agua en la mañana.  
La luz, cuando la luz es aún niña.  
El color de las frutas. La suavidad del musgo.  
El calor del deseo. La ingenua sonrisa.  
El dolor de la lágrima. El silencio tranquilo.  
La inefable palabra de la postre canción.  
En tí. Dentro de tí. Donde había nacido la ternura.

La línea de los labios. La línea de las olas.  
La adorable línea de la luz en los labios.  
La palabra que salta, que se encoge y se alarga.  
La palabra que crece hasta hacerse canción.  
El color en los campos. El rumor de la lluvia.  
La llegada del viento. El terror en los nidos.  
El viejo y lento viaje de la nube en el cielo.  
En tí. Todo por tí. Pequeña causa de las grandes acciones.

### ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Amanecía. Amanecía eternamente  
Dulce regazo eterno de la suave ternura.  
No la noche. No la noche callada.  
Aquí, recién nacida, tengo la luz del sol.  
Tengo la luz del sol y el color de las frutas.  
Tengo la luz del sol a través de las aguas.  
Tengo la luz del sol saltando en la sonrisa.  
Amanecía. Amanecía eternamente  
Dulce regazo eterno de la suave ternura.

Volaba ella en tus alas, golondrina.  
Volaba en la ligera huella de tus pasos, gacela.  
Volaba ella en la luz, en el vivo reflejo  
Del pedazo de vidrio, reclamo de la alondra.  
Volaba en las cometas, en el azul eterno.  
En la ola que salta toda la eternidad.  
En el tibio calor de la ola en la playa.  
En la clara palabra. En el dulce sabor.

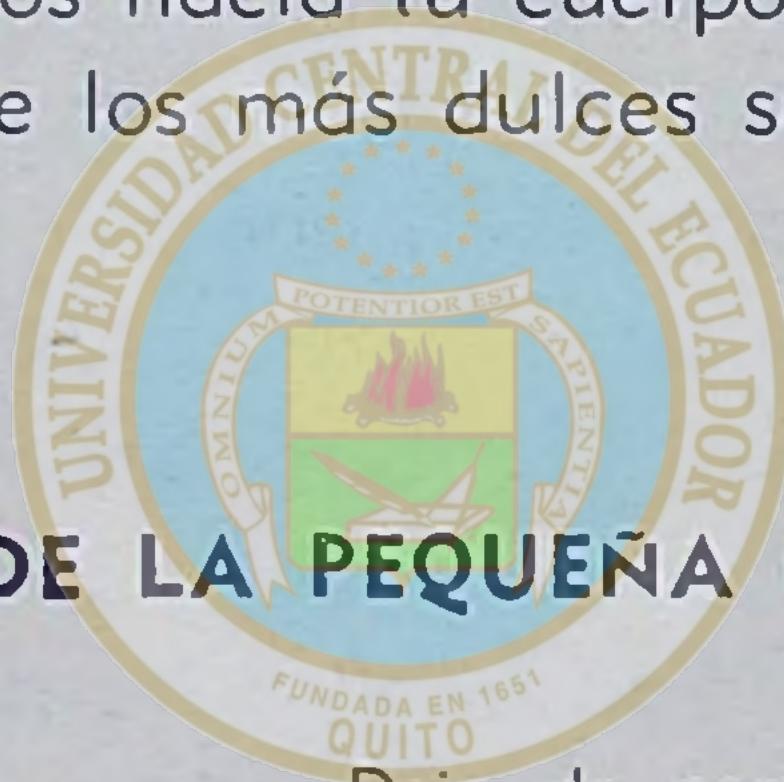
Aquí, aquí está el límite. El límite inviolable.  
 De aquí no pasarás en tu vuelo, canción.  
 Retorcerás tu línea, liviana golondrina.  
 Se detendrá tu paso, grácil gacela rubia.  
 Cesará tu caricia, suave mano tranquila.  
 Aquí, aquí está el límite a tus notas, canción.

Aquí, aquí la palabra. A recibir tus ojos.

A contarte los pasos, niñera,  
 Dulce niñera rubia de los sueños.  
 En tu boca nació la tranquila ternura.  
 En mi boca nació la tranquila palabra.  
 En mi cuerpo nació el suave movimiento  
 Y este tranquilo y fuerte deseo de mis brazos,  
 De mis brazos morenos hacia tu cuerpo abiertos,  
 Dulce niñera rubia de los más dulces sueños.

—Quito, 1935.

### GLOSA DE LA PEQUEÑA CAZADORA



ÁREA HISTÓRICA  
 DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Deja de perseguir las alimañas,  
 Venid a ver a un hombre perseguido  
 A quien no valen ya fuerza ni mañas.

GARCILASO, Egloga II.

Noche ya sobre el campo los colores fundiendo.  
 Uniendo ecos y ayes —tu voz— desde el suspiro  
 Lejana luz, suave canción del sueño,  
 Dulces estrellas tenues titiland—  
 Sal del bosque de ensueño donde corre tu planta,  
 Pequeña cazadora, ágil como la llama  
 Móvil como la ola, tenue cual la sonrisa,  
**Deja de perseguir las alimañas.**

Ven a mi corazón: Aquí el descanso.  
 Aquí también senderos para tu pie incansable.  
 Aquí también el blanco para tus flechas rápidas.  
 Aquí para tus pasos, camino pronto y claro,  
 Rendido ya a tus plantas.  
 Ven a mi corazón, pequeña cazadora,

Trae tus flechas raudas, tu arco tenso y flexible.  
 Tus dulces ojos claros, tus manos mañaneras.  
 Dulce —mas ya tan cruel— perseguidora  
**Venid a ver un hombre perseguido.**

Frente a tus flechas fácil blanco quieto.  
 Plantas paralizadas, de gozo el cuerpo tiembla,  
 Esperando tu dardo, cazadora ligera,  
 La de los pies risueños y la sonrisa clara,  
 Esperando tu muerte, para mi vida tuya,  
 La muerte de tus manos —arco, flecha, mi herida—  
 Recta, suave, sin mancha, volando en la sonrisa,  
 Hundiéndose en mi pecho, dulce, cual la caricia.  
 Pequeña cazadora, para tu ardor perfecto,  
**En mí no valen ya fuerza ni mañas.**

—Quito, 1935.



El antiguo deseo, nacido con mi cuerpo,  
 Crecido con mis ojos, navegante en mi sangre,  
 Habitador secreto de la <sup>L</sup>uz mañanera,  
 Incendiador del ojo nuevo sobre la tierra,  
 Dominador del sueño, enturbiador del agua,  
 Crecía ya hacia tí, contaba la tranquila  
 Suavidad de tu luz, de tu piel y tu canto.  
 De tu piel a mi piel, de mi canto a tu encanto,  
 Saltaba, como llama imprecisa y atónita.

He pensado en un niño recién nacido y suave.  
 Un arco iris tenue une los ojos míos.  
 He buscado, hasta hallarla, esta voz esperada.  
 El antiguo deseo te contaba: tu canto,  
 Tu llegada, tu risa, tu suspiro y tu grito.  
 En jubiloso ansiar esperador espero.  
 Ansiosamente ansío cantar junto a tu canto.  
 La luz, el agua, el viento, la llamarada clara,  
 Todo trae encendido el deseo primero:  
 Mi canto irregular, tu llegar afanoso,  
 Tus ojos desvelados, sin velas y sin sueños.

Desnudos ojos tuyos, frescos y mañaneros  
 En esta madrugada fugaz y persistente,  
 En este campo insólito, de todos los peligros,  
 ¡Vive el grito de alerta!, sitiado y acosado.  
 En tu clara llegada arde el viejo deseo,  
 El deseo de mis dedos, tejedores y astutos.

Explorador, cazador de gacelas, el antiguo deseo,  
 Andador de caminos incendiados, ha capturado tu alma.  
 Estás tú, toda tú, alma y cuerpo, espíritu y respiro,  
 Corazón y palabra, en mí, en mi voz y en mi alerta.  
 Desvelado, sin velos y despierto, desnudo,  
 Ante mi mundo antiguo y mi mundo presente,  
 Toda tú, mi futuro, mi sueño y mi desvelo,  
 Extiendo estas mis manos ansiadoras, ágiles en su audacia  
 Para el logro del ansia no lograda y esquiva.

Y tú y mi deseo y mi voz, en tí, en tu deseo,  
 En mi angustia y anhelo. Todo dentro de todo  
 Como este mundo eterno dentro del alma mía.  
 Una palabra ardiente, la golondrina ciega,  
 El niño suave y dulce, dormido e inexperto,  
 Y mi deseo ardiente, despierto y desvelado,  
 Reconcentrado, atónito, ardiente y extasiado.

Tú, éxtasis de mi mundo, creadora de lo increado,  
 Creencia, creación, canción, júbilo y llama.  
 Mi deseo: tu cuerpo. Mi mirada: tu alma.  
 Tu ser, mi ser, el ser de todos nuestros seres,  
 Fundiéndose y ardiendo en el deseo antiguo,  
 Viejo como los árboles que se alzan de la tierra.

—Quito, 1937.

### QUE SIEMPRE QUE TU VENCES....

Que siempre que tú vences con la tarde te afrontas  
 Y salta tu contento a dorarme las venas,  
 Mientras un árbol tibio se endereza hacia el cielo  
 Prendiendo en honda fuerza sus raíces eternas.

Es el salto más tibio y claro en alborada  
Y es perfecto el brillar de tus ojos oscuros,  
Donde se alza mi sueño sobre toda tormenta  
Hasta triunfar sus rayos en nieves entornadas.

No creo en los manejos eternos de serpiente  
Que brillan sobre el musgo de tu regazo suave,  
Ni mi tarde está oscura para no ser mañana  
Juvenil y, viviente, florecer en tus manos.

No mientas. No tus ojos para el suspiro turbio  
Ni tus manos de nieve y membrillo fragante  
Para dañar la luz pulcra de la azucena  
Que puede, tristemente, dominar el paisaje.

Yo creo en tu perfecto soñar de adormidera  
Creciendo hasta el recóndito anidar de mi duda,  
Capaz de mitigar en la alcoba serena  
El eterno morder de mis sierpes en celo.

Puede ser que palomas más níveas aún vinieran  
A anidar sobre el hombrío de tus árboles tristes,  
Que mi alegría cándida soltara sus cadenas  
En arroyos cristales y sollozos de harina.

Es una corza pálida la que cruza nadando  
El albo río de leche que en tus pechos asoma  
Y es mi sed insaciable la que llena tu vaso  
De palabras y angustias sobre el tacto dormidas.

Y este canto que brota de mis labios perennes  
Tan sólo de la muerte se recela y se escapa,  
Porque siento subir de tus huellas ligeras  
El paso leve y raudo que no huye ni cansa.

Si tus muslos perfectos son corona de gracia  
Para vencer en largas jornadas de ternura  
Y hacer de mi esperanza un esfuerzo triunfante  
Saltando por tu pecho hacia tu oscura franja,

Si en tus cauces mi sangre puede correr tan ancha  
 Y en tu mirar mi labio puede dejar su huella,  
 Su beso de canción estremecida que arde  
 Y su morder perenne de serpiente serena,

Si en tu campo mi estirpe puede volverse eterna  
 Y perder esta duda que la hace arder, perenne,  
 En inquietud y asalto y emboscada y perfume  
 Miedoso y embotante en la noche y la queda,

Tú en mi incendio me doblas el perfecto sentirte  
 Y me haces florecer tu dulzura, aclarando;  
 Yo tengo ya en mis años este decir flotante  
 Para verte venir, recibirte y cantarte.

Oyeme, que me callo y me aduerdo en tu arrullo.  
 Si en tí nunca está diáfana mi palabra durable  
 Y es tan sólo alabastro mi cantar y tu manto  
 Tibio abriga mi frío en tu cuerpo y tus ascuas.

Que siempre que tú vences tus árboles se enraizan  
 Y en la tarde amanece un rocío entusiasta  
 Y yo soy en tu mano quien aprieta y quien danza  
 Y quien da y quien recibe y sobrecoge y canta.

—Quito, 1937.

### LLAMARADA Y CENIZA DE TU ANSIA

Pequeña historia clara, sobre el aire crecida.  
 Luz suave y encendida, flores nuevas bordadas:  
 Los caminos soleados atravesando ojos y mañanas.  
 Pequeña historia clara, por tu boca contada,  
 Por tus manos vivida, por tu cuerpo alumbrada.

Sobre la soledad creció un día tu ansia.  
 Sobre la soledad, duro hielo en aristas,  
 Ardió entremecido el llamear de tu ansia.  
 El frío, dentro el hueso, se hundía, se encerraba.  
 Solamente tu llama de ansia loca y ardiente

Derretía ese hielo, clara corriente de agua  
Sembrando tenue luz sobre oscuro camino.

Sobre la soledad creció un día tu ansia  
Dando calor la risa y alegría tu canto.  
Sobre la soledad murió un día tu ansia,  
Fina fogata ardiente en sombras abatida.  
Te fuiste yendo, lenta, de los callados sueños  
Y una tiniebla fría sucedió a tu luz tibia.

Muy pequeño este tiempo, cuando tú, dictadora,  
Ardías ansia nueva sobre hielo asolado.  
La soledad me crece, la soledad me arde,  
La soledad me reina, me devora y me nutre.  
Un día me nutriste, me encendiste, me andaste:  
Claro camino el mío para tu pie ligero.  
El duro hielo viejo formado sobre el pecho,  
Cuajado en la garganta, afincado en los ojos,  
Vencido en dulce lluvia, claro rocío rendido,  
Fugóse débilmente en cálido camino.

Ya no hay, ya no hay. Hielo nuevamente cuajado  
Revive estalactitas sobre mis ojos fríos.  
Apagada la estufa, rotos los cristales recientes,  
Las ventanas se baten en huracán eterno.  
Eterno ya, de días, de años, de paciencia.  
Nunca más en la entrada tu mano tocará la falleba.  
Nunca más tu palabra encenderá la lámpara.  
En noche cruel el viento ágil y raudo  
Hiere implacablemente las puertas desvalidas.  
Los cristales serenos, limpidez de pupila,  
Dan sobre una pradera asolada en la nieve.

Ni canción ni palabra. Ni la luz ni el suspiro.  
El pecho en cruel desierto, sin saberse perdido.  
Conciencia brusca y tímida en soledad, adentro.  
Fuera, una risa turbia, la canción en el labio  
Anudando palabras desvalidas. Hielo queriendo arder,  
Estremecido hielo queriendo ser calor. Como antes,  
Como siempre: en voluntad de huída, de salto, de emboscada.  
Queriendo hallar lejano su mundo sólo afuera,

Nunca entrar a la casa, en donde los cristales  
Estremecidos, rotos, tiemblan, encanecidos.

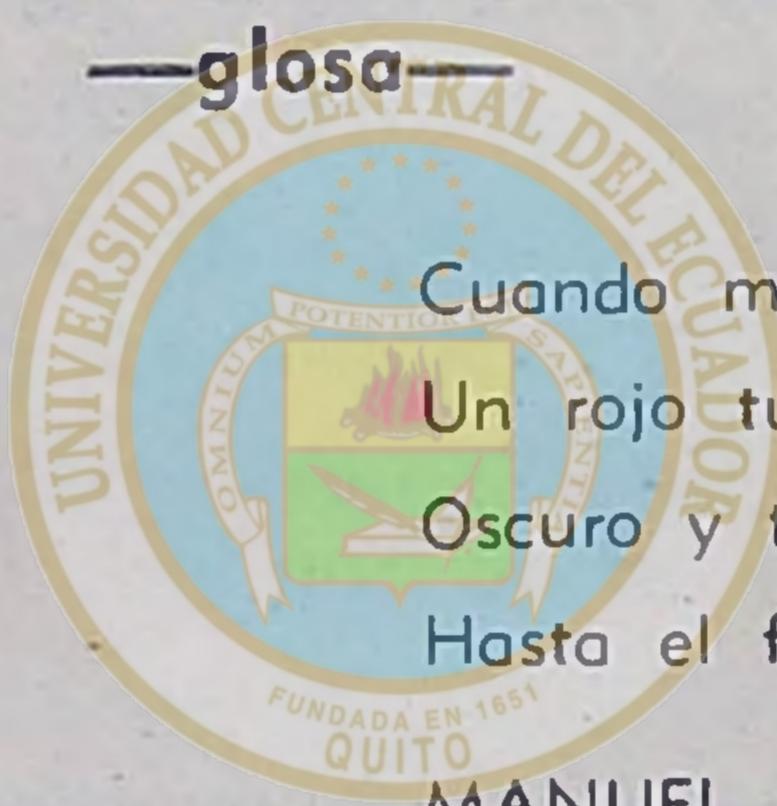
Es la pequeña historia que creció en la pradera  
De soledad ardida, helada y encendida.

Es la pequeña historia no olvidada ni herida.  
Vieja, mas siempre joven, como arisco deseo:  
Aquí, eternamente unida a la tela llagada.

—Quito, 1936.

### CUANDO ME ASOME A TUS LABIOS....

—glosa—



Cuando me asomé a tus labios  
Un rojo túnel de sangre  
Oscuro y triste se hundía  
Hasta el final de tu alma.

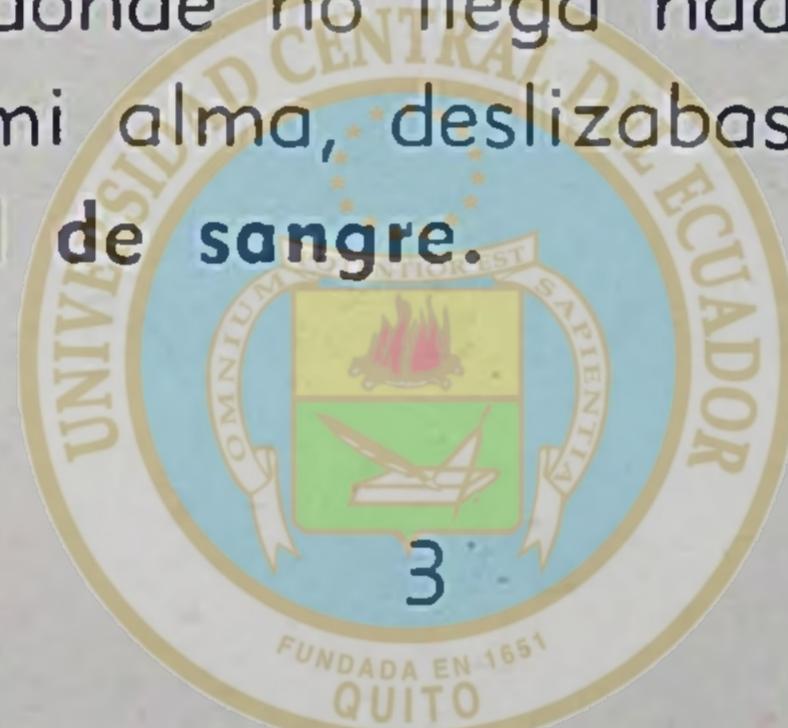
MANUEL ALTOLAGUIRRE,  
ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

"Soledades juntas", Soledad 5<sup>a</sup>

1

Aquí en mi soledad desfallecida  
Húmedas luces tientas, sembradora  
De cantos y de sueños enconados,  
De llanto en grito y corazón en alma.  
Sin que la sangre sepa ni presienta,  
Cuando tú a mi sueño te asomabas,  
Cómo mi soledad, la que me ardía,  
Desde tí y hasta tí todo inundaba.  
Y así, el pulso, claro, deslumbrado,  
Loco exclamó ya cuando era tarde,  
Cuando tú, toda labios, te extenuabas  
Y yo, todo tus sueños, exploraba:  
¡Cuánto y qué bien me engañabas!  
¡Qué poco podías llenarme  
**Cuando me asomé a tus labios!**

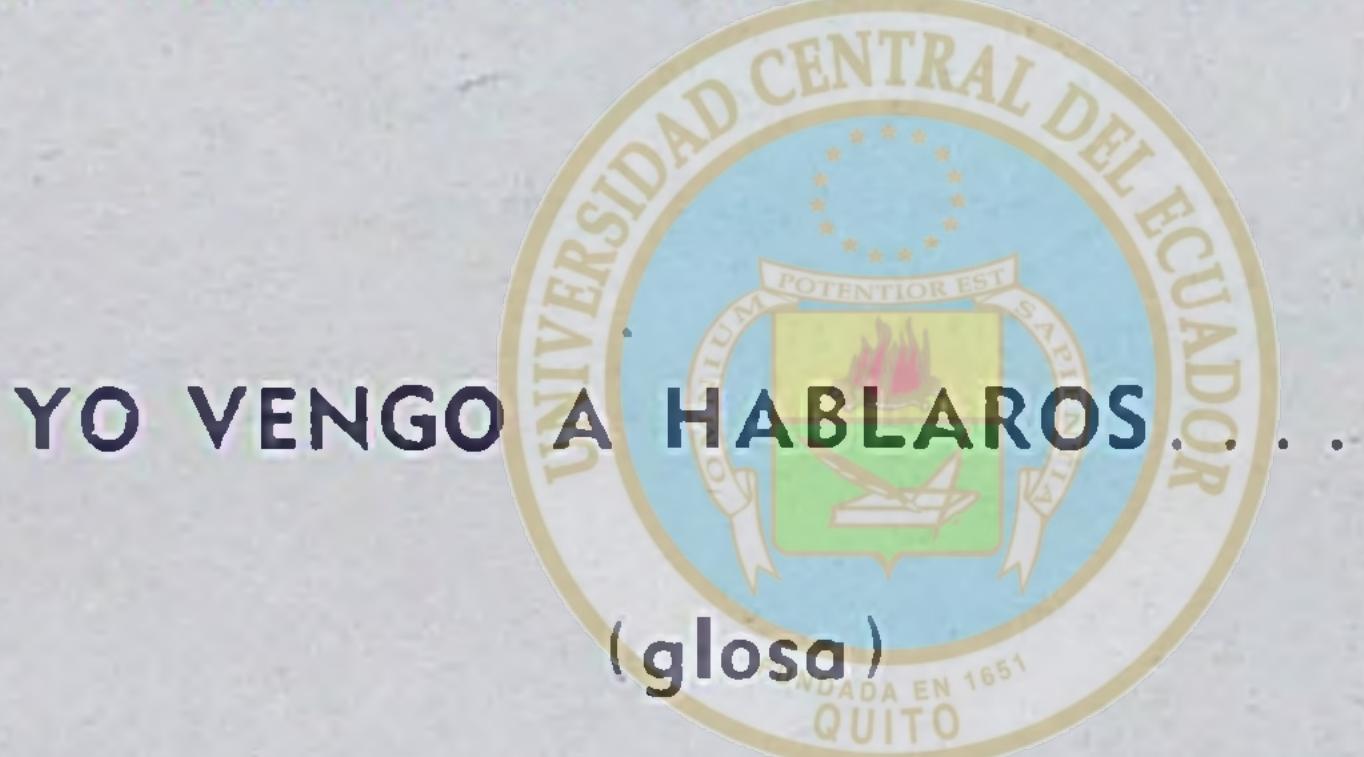
Ni en pobres sueños tú me abandonabas.  
Ni yo te ardía en cantos desvelados.  
Ni las canciones eran maltratadas.  
Ni un párpado callaba en madrugada.  
Alondra, acaso, pero ciega y tarda.  
Luna pequeña, sí, pero velada  
En honda nube y calma de campanas.  
Tan sólo yo lo sé porque yo lo hablo.  
Pero en ambiente sordo de anubada,  
Pero en el río tibio que me amarga,  
Ya toda el alma en llanto se acababa,  
Ya todo el pecho en sal se desollaba.  
Y tú, falaz, donde no llega nadie,  
A través de mi alma, deslizabas  
**Un rojo túnel de sangre.**



De sangre roja un túnel sin aldabas.  
¿Quién no sabía, dí, tu hazaña rauda?  
Tan sólo el aire, porque no averigua.  
Tan sólo el rayo, porque muere antes.  
Y así marchabas, la linterna en ansia  
Tras la pradera donde crecen ascuas.  
Yo lo sabía, sí, pero me daba  
Aire perfecto de perder caminos  
Y encontrar rutas negras y calladas.  
Porfiar es duro y nada labra el canto  
Ni detective soy de soledades  
Ni puedo urdir canciones reclamadas  
Por los que andan sin cambiar de paso.  
El río lo nombré porque sabía  
Que en sus aguas no hallaste tiernas algas  
Para enjoyarte, audaz, cuando perdías  
Y todo cuanto era sed  
**Oscuro y triste se hundía.**

Para qué cortejarte ya, perdida  
 En sed sin calma y sangre sin aldabas.  
 Yo tengo un sol muy tibio y retraído  
 Que pierde aliento cuando llega calmo  
 El triste remo que no tiene barca.  
 Para qué cortejarte, engañadora,  
 Sin sangre firme en labio ya que darme,  
 Si en túnel pobre fué que te perdiste,  
 Si estabas sola cual canción vedada,  
 Yo, que en mi soledad vivo nadando  
 Y quiero puerto donde hacer escala,  
 Para qué cortejarte ya, ¡perdida!  
**Hasta el final de tu alma!**

Quito, 1936.



**ÁREA HISTÓRICA**  
 DEL CENTRO HISTÓRICO  
 No sean tantas las miserias nuestras  
 Que a quien os tuvo en sus indignas manos  
 Vos le dejéis de las divinas vuestras.

LOPE DE VEGA.

Yo vengo a hablaros, voz en duermevela  
 Y suave ardencia bajo laxos párpados,  
 Toda la sed del alma, toda el ansia  
 A flor de labio por los labios vuestros.  
 Dejad que digan las palabras mías  
 Cuanto dirían al soñar mis ojos,  
 Y estad atenta, que en la vida entera  
**No sean tantas las miserias nuestras.**

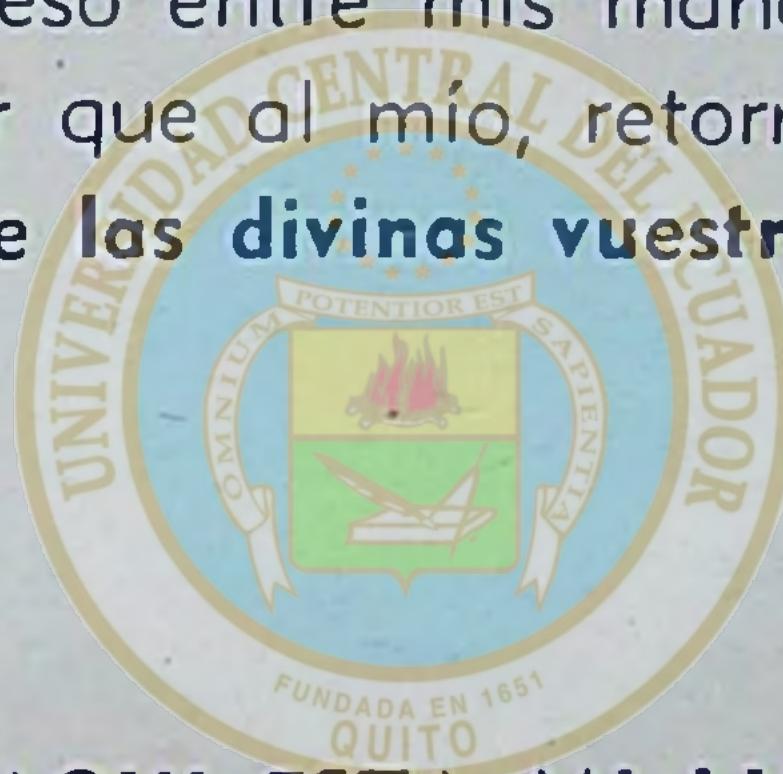
Podrán venir de nuevo los minutos  
 En que cercanas nuestras venas fueron,  
 Como retornan, luz entre las hojas,  
 Tras los veranos las mejores frutas.  
 Dejad que sean y ellos vendrán dóciles

Y habitarán alegres nuestras venas,  
 Que vuestros ojos preferir no pueden  
 Recién llegados, sin historia apena,  
 De pies inciertos y palabras vanas,  
 Y cuya ciencia superar no puede  
**A quien os tuvo en sus indignas manos.**

Que todo cuanto de mi vida sabes  
 Y todo cuanto de mi ser posees  
 En vuestros ojos nunca está perdido  
 Y en vuestro sueño siempre está presente.  
 No en vano supe de tu piel la clave  
 Y de tu pecho el respirar tranquilo  
 Y si ya tuve tu querer perfecto  
 Sutil y tibio preso entre mis manos,  
 No puedo creer que al mío, retornado,  
**Vos le dejéis de las divinas vuestras.**

—Quito, 1939.

**TENGO AQUI ESTA MI LUZ....**



AREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(glosa)

Desta manera suelto yo la rienda  
 A mi dolor, y así me quexo en vano  
 De la dureza de la muerte airada:  
 Ella en mi corazón metió la mano.

GARCILASO, Egloga I.

Tengo aquí esta mi luz, palidecida,  
 Creciendo en ascua, crudeciendo en hielo  
 Y tornando a llamear y a ser ceniza  
 Y humo transido en venas estrechado  
 Mientras los ojos míos se oscurecen  
 Y este mi ancho corazón se rinde  
 Y esta sangre que fuerte me golpeaba  
 Las paredes del pecho, se retarda,  
 Ya nada dice sol en mi vigilia  
 Ni dulce sueño cuando mi alma sueña:

A mi morir, en toda hora constante,  
**Desta manera suelto yo la rienda.**

No hay en mi soledad clara palabra  
 Y es hondo el desaliento que me rinde  
 Y tengo sed y no hallo y me revuelvo  
 Y preso estoy de mí y en mí estoy ciego  
 Y nube espesa se me cruza y venga,  
 Pecho con pecho en cal, en celda, en frío,  
 En ansia no dormida, sí callada,  
 Sí en desaliento, ahogándome, vencido,  
 Mientras mis años mozos se evaporan  
 Y ya soñar no puedo, y ya las horas  
 Pasan lentas y hieren y hacen burlas  
**A mi dolor, y así me quejo en vano.**

Yo tengo para mí que nada sirve  
 El roerme las uñas ni el herirme,  
 Ni el sorberme las lágrimas y el alma  
 Hasta sangrarme el corazón por dentro.  
 Yo tengo para mí que mi palabra,  
 Entrecortada, herida, **ÁRCA HISTÓRICA**,  
 Y que esta fuerza moza de mis manos  
 Cada día se pierde y que estas horas  
 Que mi riqueza son, como las aguas  
 Sobre desnuda roca, están perdidas.  
 Yo tengo para mí que nada logro  
 En quejarme, en la noche y en la herida,  
**De la dureza de la muerte airada.**

Sí, yo lo sé, y ello hace mi vida  
 Y ello está en mí, cuando despierto sueño  
 Y cuando en pleno sueño estoy despierto.  
 Ya han pasado los años en que, niño,  
 Supe reír y andar y hallar camino  
 En todos los terrenos. Hoy, mi paso  
 Muralla encuentra en fáciles llanuras  
 Y mi mirada sombra en pleno día  
 Y mi alegría llanto y mi sonrisa  
 En luto crece y nunca está robusta.

Tan sólo yo lo sé, sólo lo entiende  
 Mi herido pecho que amargura anega:  
**Ella en mi corazón metió la mano.**

—Quito, 1938.

### PALABRAS PARA TI, SUAVE SOL DE MI SANGRE

Joy of my sorrow, never can we part.

GEORGE SANTAYANA, Sonnets.

En tenue claridad y en corriente tranquila,  
 En la atmósfera límpida y en el grito de júbilo,  
 En la lágrima tierna, tímida y vacilante  
 Y en mi sangre, a la hora en que ella amanece,  
 Cuando en la rosa abierta viven sol y rocío:  
 Allí estás tú, Adriana Carrión, flor y murmullo  
 De mi sangre, pequeña luz perenne,  
 Descanso de mi angustia, puerto seguro y diáfano.  
 Sólo en tí se refrescan estas sed y amargura  
 Crecidas en la tarde, maduradas en sombra,  
 Tan sólo tú las siembras en arrebol y aurora,  
 Tan sólo tú las ardes y las limpías, Adriana,  
 La mi sangre en diamante y en tul y en mediodía.  
 Ni el más suave musgo, sobre el herido pecho, compasivo,  
 Ni la voz más soñada por las venas ardidas,  
 Ni el sol que dora el alma ni el agua que la limpia,  
 Valen lo que tu voz, en suave miel de amor amanecida,  
 Valen lo que tus manos, hermanas de las mías,  
 Valen lo que tu sol, que es mi sol florecido,  
 Ni lo que tu mirada, brotando desde un agua tranquila  
 Que salta en alborada, que limpia y que titila.  
 Nada sobre la tierra, que es tan grande y ardida,  
 Valen tu fe en mí, tu confianza y tu aliento.  
 Quiero decirte esto, la mi hermana pequeña,  
 En alta poesía, crecida en mí, en mi pecho,  
 Mientras un dios lloroso me emerge de las venas.  
 Tú mi puerto seguro, mi sangre cristalina,  
 Mi Adriana Carrión, mi sangre florecida.  
 Tú no sabías nada, cómo eras mi descanso,  
 Cómo reunías en brillo mis espejos trizados,